El Último Primogénito

Gabriel Cortés Paredes

Image not found.

Capítulo 1

El Último Primogénito.

Qué bueno sería morir así, simplemente, cerrar los ojos esta noche y no despertar. No es que quiera morir, pero tampoco le tengo miedo a la muerte. Tiemblo al pensar en la idea, en las consecuencias, en lo poco o nada que dejaría sobre la tierra. Pero no le tengo miedo a la muerte, y tampoco quiero morir. Solo digo y lo repito: qué bueno sería morir así, simplemente, cerrar los ojos esta noche y no despertar. Mal que mal, parece ser mi destino.

¿Existe tal cosa? ¿Puedo yo, joven educado, cínico irremediable, dejarme engañar por esas estupideces? Lo cierto es que los ojos se depositaron sobre mí ese día. Era el funeral de mi primo, pero las miradas de condescendencia y desolación caían sobre mi persona, y los abrazos de condolencia apretaban tan fuerte las espaldas de mis padres como las de mis tíos, quienes pasaron por el mismo rito escabroso meses atrás.

La leyenda, *la maldición* (¿puedo yo, entre todos, dejarme engañar por tales palabrerías?) la conocían todos, y ahí estaban los resultados. El primero fue mi primo F, hijo mayor de la segunda hija de mis abuelos paternos. Una muerte rápida que, a falta de detalles macabros, preferimos aceptar como indolora. Una salida en la noche, un copete y otro copete. El motor que arranca, las luces que se encienden, el auto que se desbarranca. F fue el primero. Le siguió mi prima R, la más bella y reluciente, hija mayor del tercer hijo de mis abuelos paternos, y el tumor que apareció en su cabeza un día y la mató al siguiente. Y ahora se nos muere P, el primogénito del cuarto hijo de mis abuelos paternos. P fue el tercero, el más cabrón y el más alegre de todo nosotros. Fue un pase largo en la cancha de tierra, P que corre tras el balón como lo hizo toda su vida, pero está vez su corazón se detiene y P que se derrumba junto al banderín del córner y un público que fingía sorpresa.

Y luego estoy yo, el mayor de los hijos del menor de los hijos de mi abuelo. La leyenda se la saben todos, los más viejos la cuentan a los más jóvenes con un tono de solemnidad y morbo, pero nadie nunca se la tomó demasiado en serio, ni siquiera cuando F se desbarrancó. Esas cosas pasan, dijeron, todos los días los jóvenes se emborrachan y hacen alguna tontera. ¡La juventud hoy en día!, gritaban las señoras. Del mismo modo que todos los viejos de ahora se peleaban entre los jóvenes de entonces. ¿Qué habría de raro en eso? Dale un poco de vino a cualquiera de tus abuelos y de inmediato empezarán a surgir las historias de peleas en bares, peñas y cantinas. Así lo hizo el mío, seguramente por una mujer, en los años lejanos de una tierra que ya no existe.

Las miradas extrañas e incómodas empezaron en el lecho de muerte de R, aun cuando sus mejillas de cereza no perdían el color y sus cabellos castaños mantenían su brillo. Todos recordaban la pelea, los golpes, la sangre, el cuchillo que se desenvaina y desgarra como a un cerdo a un hombre sin nombre ni apellido, aguantando estoico el dolor mientras su vida se le escapa y mi abuelo, todavía joven, suelta el cuchillo sobre el líquido rojizo que se desliza bajo él mezclando la sangre y el vino.

Y ahora P, por la puta P, te fuiste a morir, y ahora las miradas caen sobre mí, y los susurros que recuerdan que el hombre sin nombre ni apellido tenía una madre, y que la madre era amante del diablo, y que era una mujer rencorosa que entre la lluvia y el barro llegó a la casa de mi abuelo y que empapada lo maldijo, que si ese hombre – mi abuelo - fue capaz de robarle a su único hijo ella le arrebataría cada uno de los primogénitos a su familia, y que al otro día amanecieron 30 corderos muertos y la pequeña bebé que mi abuela había dado a luz hace pocas semanas yacía pálida y fría sobre la cuna improvisada.

4 hijos más engendraron, y cada uno engendró un primogénito y cada uno lo ha enterrado, excepto por mi padre. Y de ahí las miradas, los roces y los susurros, por la puta P, por que te fuiste a morir y dejarme aquí solo teniendo que aguantar los susurros, ssrrs que susurran sssssss y susurran rrrrrr, P, porque te fuiste a morir.

Y el miedo, y la paranoia, y los susurros, P, los susurros, el miedo y la paranoia. Cruzar la calle pensando en ti, en nuestro abuelo, en la bruja, en todos menos en mí que cruza la calle pensando en otras cosas excepto en la micro que viene a toda velocidad por la avenida y me toca la bocina, y me devuelve agitado a la vida real, todavía vivo pero me mantiene pensando que hubiera pasado si… Y los calambres en el estómago que se intensifican cada día, la micro que acelera y los susurros se intensifican, y el insomnio, el cansancio, las pesadillas, el dolor en el pecho que aparece y desaparece de un rato para otro, no como el dolor en el estómago, que está siempre allí y cada vez más fuerte, seguramente por el insomnio, el cansancio, las pesadillas y la micro que acelera y el balcón del departamento que parece tan fácil de sortear y callar los susurros al fin pero el dolor se intensifica y estoy cansado y ya es hora de dormir y quizás despertar o quizás no.

Pero he despertado un nuevo día. El sol se siente cálido en mi rostro, se anticipa un bello día. Quizás los susurros no fueran más que tonterías, supersticiones que no son más que resabios que llegan como ecos de una tierra que ya no existe. Una proyección de mi miedo, que no es miedo a la muerte, sino a la intrascendencia y a la incertidumbre. Un deseo iracundo de vivir para no morir en el olvido, como el hombre sin nombre ni apellido que inició toda esta trágica mascarada. Aún con el cansancio, el insomnio y las pesadillas…. no quiero morir. No, quiero vivir y despierto para vivir

un nuevo día, hasta que llega la noche y, en la oscuridad, no puedo dejar de pensar de que bueno sería morir así, simplemente, cerrar los ojos.